"Como 40 regulares..."



Hace algunos buenos años, Gerardo Lammers sentaba algunas líneas ensayoperiodísticas acerca de la obra gráfica de don Fernando del Paso, a ratos hasta por él mismo tan arrumbada.

Entre las muchas cosas que ponía a disposición del análisis en dicho artículo publicado en *Confabulario* de El Universal, Lammers presume, de una entrevista hecha al autor de *José Trigo* para la revista Viceversa –mientras preparaba su exposición, *2000 caras de cara al 2000*, exhibida aquel año en el Museo de Arte Moderno–, la brillante respuesta del maestro a la cuestión de cómo se calificaba como pintor:

"Creo que no soy un pintor bueno, pero soy como cuarenta regulares...", le respondió Del Paso con el humor característico de quien se sabe enterado de la razón.

Así, celebrando sus 90 años que este 2025 cumpliría de vida, asistimos a una pequeñísima muestra de los 40 pintores regulares que fuera Fernando del Paso en esta entrega de *Universidades*, alargando una conversa muy poco conocida que él mismo sostuvo consigo mismo en un maravilloso juego y cortometraje méliesiano que una de sus hijas, la cineasta Paulina del Paso, construyó entre 2012 y 2015, y a la que tenemos acceso, gracias a su inmensa generosidad, en el QR al final de la página.

Del Paso apasionados

Sentados en un olivoso sillón se hallan Fernando del Paso escritor, a la siniestra, y Fernando del Paso pintor, a la diestra. De frente, ya se sabe, son un disímbolo espejo entrecruzado.

El primero, vestido de impecable, inicia un diálogo imposible señalando, cordial aunque falsamente sorprendido, que la cara del otro se le hace muy conocida. El pintor, tan claridoso como machacado por horas de trabajo en manchas de camiseta, rápidamente comienza a aclararle:

–... Yo soy tu otro yo... Un dibujante con aspiraciones a pintor... Y tú eres un pequeñoburguesitobienvestido...

Ese mismo de pincel en mano, luego de insular al escritor, declara que ha vivido oprimido por el de la pluma en ristre.



No lo deja pintar, reclama, por andar escribiendo, y ya sabemos que su obra literaria puede comenzar a medirse en miles de páginas de pensarla ligera. El literato, acechado, acepta despejando: no puede dejar de escribir, pero sólo para lograr que el dibujante continúe pleno, libre.

Amagan con pelearse como haciéndose de palabras. Se desorganizan de manos. Uno escribe con la mano derecha y el otro dibuja con la izquierda. Dos Yoes dice que son el fachoso.

Pero Del Paso escritor quiere dejar en claro que no pueden ser dos, sino uno en dos personas distintas. Tanto que dice ser capaz de palabrear con la mano con la que el otro colorea. Y el otro, nunca menos, dice que también es capaz de intercambiarse de extremidad para demostrarle.

–A ver...

Dicen al unísono, y en la disolvencia queda la reta para siempre. Y es que cuántas vidas le hicieron falta a Fernando del Paso para hacer más de lo que hubiera querido, incluso.

Cocinar más, alentar más a artistas en su calidad de diplomático en Europa, escaparse más al cine, dirigir teatro, escribir al dedillo la historia de las religiones como quiso al final de su vida, pasar más tiempo olfateando el óleo y el acrílico y la acuarela. En fin.

No hay duda que en esa obsesión por abarcarlo todo, conocida y a veces famosa obsesión dentro de su literatura, también nos enseñó algo en el camino de la plástica.

Porque si bien él sintió que le faltaba tiempo de su escritura para dedicarle al lienzo, las escapadas que pudo darse efectivamente fueron las necesarias para que 40 pintores trabajaran juntos en obras infinitesimales. Cada milímetro configurado por cada segundo que tuvo a su disposición.

De verse. Cualquier imagen suya, por mínima o diseccionada, si usted se acerca, resguarda en su escherista barroco surreal basquiatiano vastas varias variopintas estampas que entre sí dialogan en toda su imposibilidad, tal como en el cortometraje el reflejo de los Del Paso desbordando sus pasiones.



